

tadamente hicieron de planta triangular para que respondiese á la configuración del sitio que ocupa, como si tal correspondencia fuese canon artístico inviolable. Describe así esta fuente el comunicante de 1801: «Se compone de tres conchas, que reciben el agua de otros tantos caños colocados en el cuerpo de arquitectura, que se eleva sobre cartones de buen adorno y remata en un jarrón gracioso.» ¡Cuánto cambia lo que se llama *buen gusto!*—La quinta era la que se colocó en el testero de la Casa de Ayuntamiento y placeta de Santo Domingo, sin ornato particular por no permitirlo el paraje; y la sexta en el paseo de la *Taconera*, la cual se componía (y aún se compone) de un pilón capaz que recibe el agua de los caños, con un león por remate.

El autor del *Oasis* tuvo la curiosidad de registrar el bello panorama que presenta Pamplona con sus alrededores desde la torre de San Cernin. He aquí el cuadro que contempló: «Aparece la ciudad á la orilla izquierda del Arga, en una cuenca de unas 7 leguas de circunferencia formada por altos montes que arrancan á corta distancia y cuyas cumbres se apartan hasta cuatro leguas, y el doble las que corren al Sudeste: de modo que la cuenca de Pamplona está ceñida por una triple corona de montañas. Partiendo del San Cristóbal—otro magnífico observatorio hoy por las obras de fortificación que á él facilitan la subida;—y siguiendo á la derecha, encontramos el pueblo de Osacar: luégo el alto de Sarata, y más cerca los de Irurzun y Ochovi, y las Dos Hermanas como escalonándose; luégo el pueblo de Anoz en la sierra de Andía; y en seguida los de Asiain, Belascoain y Gazolaz, y más cerca de nosotros el alto del Portillo y el del Perdón; á su izquierda el Boquete de Salinas y la sierra de Alaíz, dominada á su espalda por la Iga de Monreal; viene luégo el pueblo de Tajonar, detrás del cual asoma el monte de Tabar. Siguen á éstos los de Labiano, Sarriguren, el Boquete de Ardanaz y los pueblos de Eransus é Ibiricu, dominados por los montes de Miravalles y Oricain, cerrando el cerco Maquirriain.»



CAPÍTULO XXI

Virtud expansiva de la raza navarra: sus guerras exteriores:
sus empresas en Francia.

Los Tardevenidos y las Grandes Compañías

Pocos dramas registra la turbulenta historia de la Edad media que se igualen en horror y en interés con los ocurridos por las colisiones políticas en que fueron actores los navarros. La Providencia en sus ocultos designios condujo á éstos á sostener sangrientas luchas, extraordinarias y épicas á veces, lejos de su patria, y ellos se condujeron siempre como héroes. Fué el siglo XIV la época trágica por excelencia, y á darle tan siniestro aspecto contribuyeron principalmente las perfidias de los príncipes, ya sólo atentos á su engrandecimiento y á constituir poderosos Estados, con absoluto olvido del bien general de la Cristiandad. Nada pinta mejor las corrompidas costumbres de ese siglo XIV que los tratos que entre sí estipulaban los monarcas: tratos de continuo renovados é infringidos; sus juramentos, sin pudor prodigados; sus recelos y desconfianzas, á despecho de

la amistad perpetua que con las manos sobre los Santos Evangelios se prometían. Ya en otro lugar lo hemos dicho, la pugna de las ambiciones y el empleo de todos los medios humanos para satisfacerlas, crearon esa época singular en que la hidalguía y la vileza, la generosidad y la codicia, la caballerosidad y la arteria, la lealtad y la traición, el heroísmo y la cobardía, vinieron á ser como el anverso y el reverso de una misma moneda.

Tenía en Francia el rey de Navarra D. Carlos *el Malo* estados de que no quería dejarse despojar en beneficio de una monarquía única francesa que en su tiempo no existía. Los ingleses eran también dueños de la Guiena, y no había aún llegado la época de que contra semejantes repartimientos, resultado ya de vínculos patrimoniales, ya de conquistas, protestase el buen sentido. Los más vastos territorios, las provincias enteras pasaban de unos á otros dueños como cualesquiera heredades. D. Carlos aspiraba á recuperar el condado de Angulema, que creía pertenecerle por herencia de su padre Felipe de Evreux, y el condado de Champagne y de Brie, que le correspondía por su madre D.^a Juana, á quien con pretexto de la ley sálica se lo habían hecho ceder al tomar la corona de Navarra; y deseaba además conservar sin merma sus estados de Normandía, de cuya capital, Evreux, derivaba el nombre su linaje. Pero el rey Juan, su suegro, era ambicioso y no recibió bien sus reclamaciones: el condestable de Francia, D. Carlos de España, por otra parte, había contribuído al desaire sufrido por el navarro, y éste, poco acostumbrado á aguantar contradicciones, le había quitado de en medio haciéndole asesinar en su misma cama por varios señores y caballeros que tenía á su devoción para cualquier empresa, por temeraria que fuese. El rey Juan, irritado, se apoderó por sorpresa de las tierras que pertenecían á su yerno en Normandía: éste á su vez, favorecido por los ingleses, constantes enemigos de Francia, se embarcó en Bayona con diez mil navarros, se dirigió á Cherbourg, recorrió y saqueó las tierras de su suegro

recuperando á Conches; y entonces el Delfín, que luégo reinó con el nombre de Carlos V, con instrucciones secretas de su padre, propuso á su cuñado el rey de Navarra un acomodamiento. Convidóle á un gran banquete que debía celebrarse en Ruán: verificóse éste, y cuando estaban en lo más bullicioso del festín, preséntase de improviso el rey de Francia con una numerosa escolta, apodérase del rey de Navarra y de toda su comitiva, y los pone á todos presos, en piezas separadas, mandando que se le dé á cada uno un confesor para que se disponga á bien morir, mientras su yerno es conducido á París y encerrado en el castillo del Louvre. Sentóse á la mesa el rey Juan, y después de comer, tuvo la feroz complacencia de ver cortar las cabezas al conde de Harcourt y á su hermano, á los señores de Graville y Mambue y al escudero Olivier Dublet, todos caballeros normandos del partido del navarro, y ninguno de ellos por supuesto de los que habían tomado parte en el asesinato del condestable de Francia. Los cuerpos de aquellos infelices fueron arrastrados y colgados sobre las puertas de la villa, y sus cabezas puestas en picas.

Las represalias habían de ser sangrientas: el infante de Navarra D. Felipe, hermano de D. Carlos, que mandaba en Normandía, con sus navarros y normandos, y con un refuerzo de cuatro ó cinco mil caballos mandados por el duque de Alencastre, entró por las tierras del rey de Francia llevándolo todo á sangre y fuego; y juntándose á esto que el príncipe de Gales con el ejército inglés penetró en el Langüedoc talándolo y estragándolo y se paseó por la Auvernia y el Berry hasta Isoudum y Vierson, el rey Juan se vió en grande aprieto no sabiendo á cuál de los dos enemigos hacer frente primero. Marchó por fin en busca del inglés, y habiendo tenido éste la suerte de colocarse en una posición ventajosa cerca de Poitiers, fué el rey de Francia vencido, cayendo prisionero con su hijo Felipe. Lleváronlos á ambos á Burdeos, y de aquí á Londres al primero, á los pocos meses, siguiéndose á esta victoria una tregua de dos

años. — Grande agitación reina en París, donde convocó el Delfín los Estados generales para pedirles socorros: pasan de ochocientos los vocales allí reunidos, y una numerosa comisión nombrada por éstos solicita, con tono poco sumiso, una audiencia del Delfín, solo y sin los de su consejo; allí se quejan de la mala administración del país, allí piden que se forme causa al Canciller y á otros cinco de los ministros que llevan el principal manejo de la cosa pública, y que si resultan culpados vayan al cadalso, y que aunque resulten inocentes, sean separados de sus destinos para complacer al pueblo. Y piden además la libertad del rey de Navarra. El Delfín, hombre alentado y sereno, no se intimida: evade aquellas pretensiones, y disuelve los Estados que tan mal dispuestos se hallan á complacerle.

Entretanto, en España declárase la guerra entre D. Pedro IV de Aragón y D. Pedro I de Castilla, y el Infante D. Luís, que gobierna á Navarra durante la ausencia y cautiverio de su rey, es requerido por ambos contendientes á intervenir como aliado. D. Luís se sustrae á las excitaciones de uno y otro, pero no se opone á que muchos caballeros navarros tomen las armas con sus gentes en el ejército de Aragón, porque el Fuero del reino concede á todo caballero la facultad de buscar su provecho en otro país no faltando á su rey, y además comprende la necesidad de reprimir el excesivo poder del castellano. Este príncipe, sagaz y prudente, sin ceder en corazón y bizarría á ninguno de sus dos hermanos, era superior á ellos en tacto político: al paso que Carlos y Felipe assolaban territorios y eran el azote de las poblaciones adonde llevaban sus huestes, él aumentaba las del reino y economizaba la sangre de sus gobernados para guiarlos, como luégo veremos, á más gloriosas conquistas. No es esto decir que no se mostrase en todo digno de su alto puesto el infante D. Felipe en su gobierno de Normandía. Por de pronto, sólo á su generosa audacia debió su liberación su hermano el rey.

Valióse de cinco caballeros navarros, probados y resueltos:

concertáronse éstos con unos carboneros de Cambresi que solían llevar el carbón al castillo de Alleux, adonde había sido trasladado D. Carlos, y se disfrazaron con sus trajes ocultando las armas. Un día, al anochecer, lléganse al castillo, matan al alcaide y á los soldados que les hacen frente, sacan al rey de su prisión y se lo llevan á Amiens. En Amiens se inaugura para el rey de Navarra una carrera de triunfos: en demostración de regocijo, ábrense á su entrada las puertas de las cárceles, las turbas se precipitan á su encuentro, todo son aclamaciones y vítores; va á París, arenga al pueblo desde un tablado que hace levantar junto á las tapias de la Abadía de San Germán, lisonjea y adula á los que piden buena administración y justicia, y la plebe inconstante que ayer ensalzó al Delfín hoy le vitupera y escarnece, reservándose el derecho de volverle á encumbrar mañana para hundir en el fango la librea del rey de Navarra con que ahora se engalana servil (1). Pero mientras dura el aura popular, el rey de Navarra se venga á su sabor de las maldades de su suegro y de su cuñado. El rey de Francia sigue prisionero en Londres; el Delfín es el llamado á soportar sus venganzas. El preboste de los mercaderes de París, del partido de Carlos, va con algunos ciudadanos á buscar al Delfín, y en tono de consejo que suena á amenaza le amonesta á que conceda al rey de Navarra su cuñado todo cuanto le exija. El obispo de Laon, que por nombramiento de los Estados generales preside el Consejo del rey, se halla presente en el momento de entrar el preboste Marcel en la cámara del soberano, y con un arrojo que sólo puede explicarse como valor en-

(1) «No se usaban sombreros en aquel tiempo, dice Alesón, y llamaban *chaperones* las cubiertas de las cabezas, que la indecencia de la voz no permite interpretemos *capirotes*.» Pero esta palabra *capirotes*, que por lo visto no era bien recibida de la gente culta en tiempo del docto jesuita, es hoy muy admitida y de uso nada chocante. Diremos, pues, que los capirotes del rey Carlos *el Malo* y de sus navarros eran de color rojo, y los parisinos tomaron y taracearon en los suyos, que eran de azul celeste, el color encarnado. Escritores hay que afirman que el color del capirote navarro no era rojo, sino verde.

tendido con el rey de Navarra, tomando la mano del Delfín, se adelanta á dar la respuesta que nadie le encomienda y promete que todo se otorga por estar muy puesto en razón, añadiendo que es también razonable y justo que el rey Carlos y el Delfín se traten en lo sucesivo como buenos hermanos.

Recoge el preboste la promesa, que Carlos de Francia no se atreve á contradecir, y al día siguiente preséntase de nuevo en Palacio con gran séquito, á concluir un tratado en cuya virtud se concede á Carlos de Navarra: primero, que la memoria de los Señores normandos ajusticiados en Ruán sea vindicada y honrada, declarando públicamente haber sido injusta su sentencia; y segundo, que todas las villas y castillos que antes de su prisión poseía D. Carlos en Normandía y le había quitado el rey Juan por fuerza de armas, se le devuelvan, juntamente con todos los muebles y alhajas de su Casa Real, de que también había sido despojado; que además se le den de contado 100,000 escudos como indemnización de las pérdidas y daños sufridos; que con letras públicas de abolición se otorgue perdón general de todos y cualesquier excesos en que se presumiera que habían incurrido así el rey como sus vasallos, amigos y fautores; y por último que se le hará justicia en cuanto á sus pretensiones á los Estados de Champagne y Brie y al condado de Angulema. Para solemnizar este tratado, se concierta una ceremoniosa entrevista del rey con el Delfín en el palacio de la reina Juana, viuda del rey Carlos *el Calvo* (*el Hermoso* en Francia) y tía de D. Carlos *el Malo*. Á la hora convenida, con toda exactitud, vese al Delfín aguardando la llegada del rey su cuñado: después de hacerse éste esperar algún tiempo, preséntase con altivez y desenfado, y al observar que las guardias del Delfín están adelantadas á las puertas del palacio, manda que las suyas de navarros se pongan delante, lo cual (dice Alesón) hicieron ellos *con gentil denuedo* obligando á los franceses á cejar, cediendo el puesto. Los dos príncipes se conocen mucho tiempo há: se aborrecen ahora tanto cuanto antes se habían amado, y se

saludan friamente: tienen un breve rato de conversación delante de la reina, hablan de cosas indiferentes, y despídense lo antes que pueden, igualmente ofendidos el uno y el otro aunque con apariencias de buena amistad «colorida de términos cortesés.»

La ejecución de la primera parte del convenio fué ruidosa. Va el navarro á Ruán, entra allí en triunfo, manda descolgar los cadáveres de los señores normandos inmolados á la saña del rey su suegro, que estaban aún expuestos sobre las puertas de la villa, y hace que todo se disponga velozmente para que sus funerales se celebren con toda pompa al siguiente día.—¡Extraña procesión luctuosa la que se dilata por las calles de Ruán con dirección á su Iglesia mayor! Van delante cien hombres enlutados, en perfecto orden, con hachas encendidas en las manos y el escudo del rey de Navarra al pecho: siguen los cinco cadáveres del conde Harcourt y de su hermano, del Señor de Gravelle, de Mambue y del escudero Olivier Dublet, puestos en carrozas que, además de los caballos que las tiran, llevan delante otros dos caballos cada una, ricamente enjaezados el uno para guerra y el otro para torneo, montados en ellos hombres de armas con las banderas de Navarra desplegadas al viento. Cierran el fúnebre y pomposo cortejo el rey, á pié, vestido de luto y acompañado de muchos señores cubiertos de loras negras. Y en este orden llegan á la Iglesia mayor de Nuestra Señora, ó Catedral, donde se celebran las suntuosas exequias. Acabados los oficios, resuelve D. Carlos hacer por sí mismo la oración fúnebre de sus amigos, en cuyo acto el afecto y la indignación ponen en sus labios frases de elocuencia incendiaria. Declara á las cinco víctimas, inocentes y mártires del bien público: califica al rey de Francia de tirano y cruel porque los hizo morir sin causa, y al Delfín, su cuñado, de cobarde y aleve por haberlos entregado con dolor á sus verdugos en un momento de regocijo en que ellos sinceramente se habían entregado á su buena fe; y el pueblo de Ruán queda admirado al oírle, y tan arrebatado de los atractivos de su discurso, como obligado

después por los modos agradables de su trato. El astuto Carlos nada omitió para granjearse la adhesión del pueblo, y hasta llegó, con desdoro de su dignidad, á familiarizarse con algunos vecinos de baja esfera que gozaban de autoridad entre la plebe.

Pero esto no le aprovecha para conseguir el cumplimiento de la segunda parte del convenio, en lo cual quedó verdaderamente burlado. Las plazas de Normandía que el rey su suegro le había quitado, no le fueron restituídas: los gobernadores rehusaron obedecer el mandamiento del Delfín para su entrega, y atendidas la moral y la política de aquel tiempo, no es temerario suponer que el mismo Delfín les dió órdenes secretas para que lo resistiesen. ¿Cuál no será la cólera del navarro?—De allí á pocos días el Delfín adoleció de un mal muy singular: cayóronse el pelo y las uñas de las manos y de los piés, y se le consumieron las carnes á tal punto, que parecía un esqueleto vivo. El emperador Carlos IV, su tío, le envía un médico alemán que le sana abriéndole en el brazo una fuente, pero advirtiéndole que no la deje secar si quiere evitar la muerte, pronóstico que él desatendió y le costó la vida años después. ¿Fué su enfermedad maleficio del rey de Navarra, como han supuesto graves historiadores franceses? Quién lo sabe!

El encono de los ánimos, las turbaciones del reino aumentan en Francia con la presencia de Carlos *el Malo*: la plebe de las ciudades, siempre inconstante y tornadiza, inclínase tan pronto al uno como al otro de los dos contendedores, émulos en toda la extensión de la palabra porque Carlos presume poder arrebatarse á su suegro y á su cuñado el trono. Hoy aclama al Delfín, que valiéndose de las mismas armas que el navarro, la arenga en la plaza pública haciéndole arrojar y pisotear los capirotos azules matizados de rojo; mañana el platero Mace, que asesina al Tesorero de Francia, Juan Ballet, y se refugia en la iglesia, es ahorcado á las puertas del templo mismo: el obispo de París clama porque se ha violado la inmunidad eclesiástica, el preboste Marcel acude á la cabeza de sus turbas, marcha á palacio, y á

presencia del Delfín hace que sus foragidos asesinen á los dos mariscales de Normandía y de Champagne, cuya sangre salpica la cara del escarnecido jefe del Estado. Vuelve entonces el populacho á tomar el capirote que pisoteó pocos días antes, y el mismo Delfín sufre el desacato de recibirle en su cabeza de mano del preboste. Forzado de la necesidad en tan críticas circunstancias, para que le consientan la huida de París, cede á Carlos de Navarra el palacio de Nevers y los condados de Bigorre y Matiscon, con otras tierras, hasta que se le entreguen sus plazas de Normandía.

Auséntase D. Carlos para volver á concitar en su favor los ánimos de los normandos; aprovecha el Delfín su ausencia, convoca el Parlamento, hácese declarar regente del reino, y con el dinero que recoge en París marcha á celebrar cortes en Picardía y Champagne, donde obtiene donativos para hacer la guerra que medita á los parisinos, los cuales á su vez trabajan para poner la ciudad en estado de defensa. Pero ocurre por este tiempo el levantamiento de la *Jacquerie*, en que los labradores, cansados de las vejaciones que les causa una nobleza estragada, á quien nada le basta para su desmedido lujo y sus refinados vicios, tratan de acabar con ella. Diez ó doce mil de estos desesperados rabiosos llegan á las puertas de París, donde engruesan su partido los foragidos que de todas partes se les agregan. La capital y sus alrededores presentan un horroroso cuadro en que todo son robos, muertes, lamentos y compasión. Más de trescientas señoras distinguidas se acogen en Meaux á la protección del duque de Orleans, hermano del rey: sábenlo los *jacques* (1) y marchan arrebatadamente hacia tan buena presa: entran en el pueblo, y estaban ya á punto de consumir sus atrocidades acostumbradas, cuando impensadamente se aparece, haciéndoles cara, D. Gastón Febo conde de Foix, cuñado del rey de Nava-

(1) Dábanse este nombre los mismos labradores sublevados, porque los nobles de París los menospreciaban llamando al pobre bracero *Jacques bon homme*.